

# Sidrerías

19/10/1989

1989

En la Parte Vieja donostiarra había a finales de siglo más sidrerías que hoy tabernas y bares. Se bebía mucha más sidra que ahora y a la gente moza y a la no tan moza, le gustaba el visitarlas, charlas con los amigos, a veces merendar y luego cantar.

Las sidrerías, por lo general, estaban en bodegas, en lugares oscuros, con poca ventilación, donde uno se sentía empequeñecido ante las gigantescas cupelas. En un rincón se hallaba un pequeño fogón, alimentado con carbón, que llenaba de humos el local y lo que allí se cocinaba era generalmente sardinas, anchoas y tortillas de bacalao.

Los tipos famosos de aquel San Sebastián eran asiduos clientes de las sidrerías. El poeta **Vilinch** las frecuentaba y en más de una ocasión tras una merienda regada con abundante sidra daba rienda suelta a su estro poético y de sus labios salían improvisados versos que contestaban a algún otro vate.

De «Cashuela», de «Coco», de Arocha se decía que en una tarde llegaban a libar un centenar de vasos, que eran más grandes que los actuales. ¡Cómo trabajarían sus vejigas!

Los cronistas de la época dan relación de las sidrerías más famosas que había en la ciudad hace un siglo largo. La que tenía más fama era la llamada de la Vaca, que se hallaba junto a la cuadra donde se encerraba el buey para la socamuturra, en las inmediaciones de la parroquia de San Vicente. No lejos de ella estaba otra, en la calle Juan de Bilbao, junto a la casa donde se hallaba la Posta y paraban las diligencias que iban de Bayona a Madrid y regreso. Esta sidrería llamada de la Posta tenía una clientela fija, los aficionados a la sidra y otra coyuntural, la de la gente que iba a esperar la diligencia y que en lugar de estar en la calle se refugiaba en aquel lugar y se echaba al colete un vaso de sidra.

Según la relación que publicó Gabriel María Laffitte, y de donde tomo los datos, en la calle Pescadería se hallaban en 1880 dos muy famosas, Oceita-bat y Kupeleta, en la subida del Castillo estaban las de Soroa y Gatztoki, frente a San Telmo había una muy concurrida por soldados y gente de tronío, la de Kañoyeten, de donde tal vez tomó su nombre la sociedad popular allí existente. En la calle del Ángel abría sus puertas la de Bárbara, donde se elaboraban las mejores tortillas de anchoas.

Frente al muelle, en la casa de Hériz, había otra con abundante clientela marinera. En la calle del Ángel se hallaba la de la Monja y la de Gurruchaga en la calle de la Trinidad (hoy 31 de agosto), Ama Virgiña en la plaza de las Escuelas, las de Simón Diruenea y la de Choena eran muy frecuentadas por menestrales, igual que otra llamada de los «once dedos», cuya ubicación y origen no he podido averiguar.

Pero no sólo había sidrerías en la Parte Vieja, también existían extramuros y yo recuerdo, en época aún no tan lejana, algunas en el barrio de San Martín donde solían entrar a veces los alumnos mayores del Colegio de Santa María y que se hallaban en la calle de la Marina, donde hoy está la sociedad Ondar Gain, en la calle Easo, donde el bodegón Anastasio y en la calle de San Martín junto a la panadería Vienesa y el restaurante Dana Ona. Con el buen tiempo, la gente iba a las sidrerías de Astigarraga, Ergobia, Ibaeta, Igara, donde bajo los emparrados no faltaban los tocalaris que jugaban mientras les preparaban la merienda.